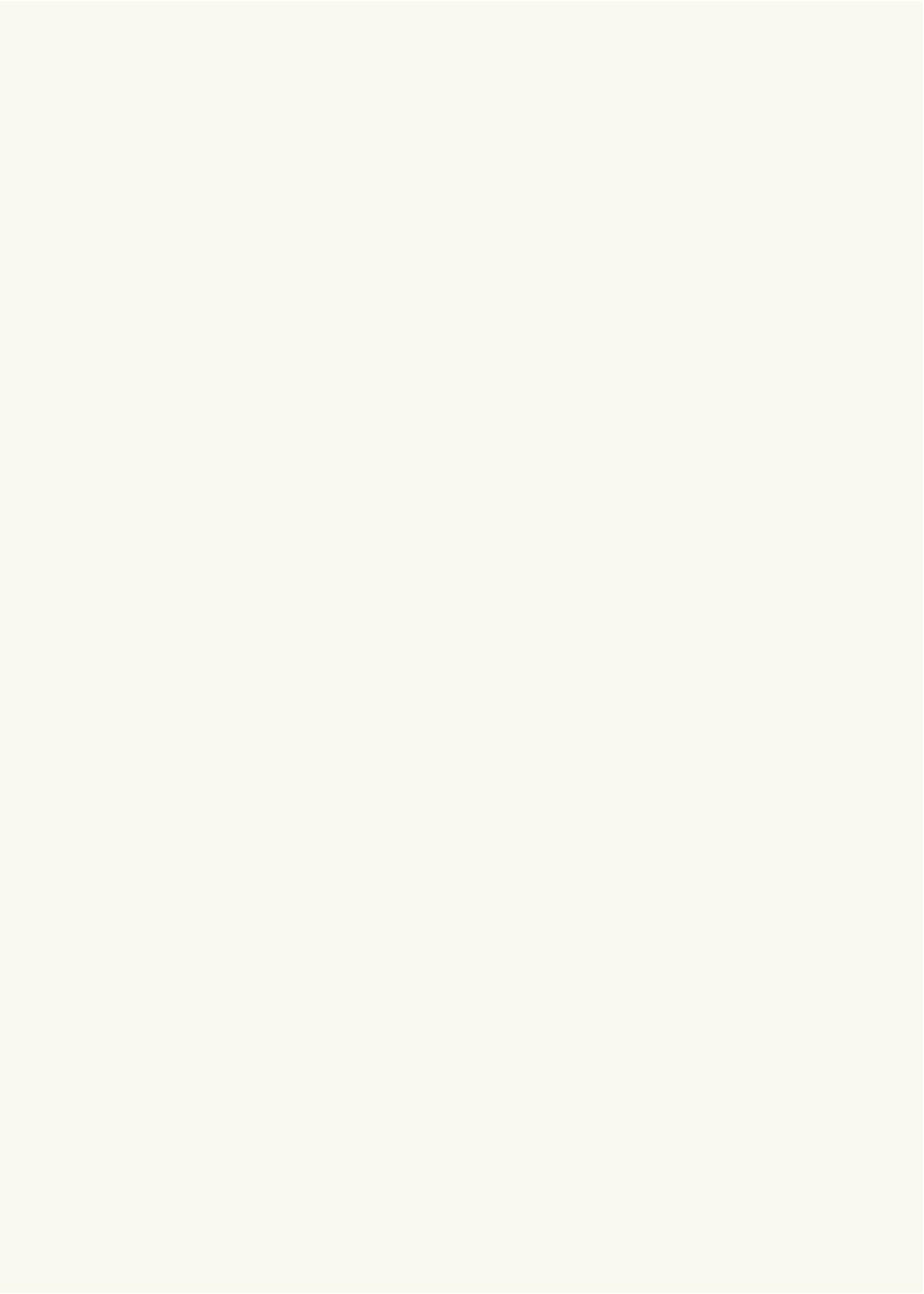


DEJAME QUE TE CUENTE

Oscar Bouvier



DEJAME QUE TE CUENTE

Oscar Bouvier



Una brisa que quedó flotando en el infinito.

Esa noche del 27 de setiembre, como tantas, Marita terminaba de ver las mismas fotos de siempre, y se dijo decidida tengo que empezar a abrir la trama de todo esto y completar la historia con lo que tengo. Esa fecha parecía el eje de una calesita en la que giran muchas de las historias de su vida. Se acostó, porque era muy tarde y tenía que ir a trabajar al otro día. Cuando cerró los ojos, como le pasaba a menudo, le apareció la imagen de Oscar, chiquito, posando a caballito de una llama, una foto que le resultaba graciosa y tierna, al tiempo que repetía como un rezo las estrofas de la poesía que él había escrito a los doce años. La única que se acordaba de memoria, vaya a saber por qué las palabras de esa poesía le brotaban de la boca como de un manantial.



Una suave brisa
que barrió el camino
mejoró los campos
y meció los linos.

la elevó a los cielos
de un fuerte soplo
y quedó flotando
en el infinito.

Oscar Alfredo Bouvier (1955-1976-2010) nació en Rosario el 5 de noviembre, fue el menor de cuatro hijos de la familia que formaron Alfredo Bouvier y María Inés Delgado. Vivían por aquel entonces en la calle Santa Fe, frente a la Terminal de Ómnibus, un lugar en donde la ciudad dejaba traslucir su aspecto más dinámico y plural. Por esas veredas correteó gran parte de su infancia.

El año de su nacimiento, 1955, como si esas coordenadas tuvieran alguna influencia en el destino de las personas, estuvo atravesado por convulsiones políticas en la Argentina. Una rebelión de las fuerzas armadas contra el gobierno constitucional que presidía Juan Perón, dejó como corolario muchos muertos y un presidente de facto. En Rosario, el esqueleto desnudo del monumento a la bandera en construcción, que prometía posicionar a la ciudad como referencia nacional, se mezclaba con los tanques de guerra que circulaban por la calle Córdoba.

La familia Bouvier-Delgado pertenecía a la gruesa clase media que conformaban las distintas capas sociales de la ciudad a mediados del siglo veinte. Ambos padres trabajaban y se ocupaban de orientar la educación de sus hijos, así como de estimular el desarrollo de sus cualidades fomentando actividades deportivas y artísticas. Alfredo, el padre de Oscar, fue un militante comprometido y consecuente de la Unión Cívica Radical, un hombre muy conocido y un dirigente influyente vinculado al sindicato de Vendedores de Diarios. Alfredo, a pesar de su intensa actividad pública, tenía una relación muy cercana y afectiva con su hijo menor, Oscarcito, que tenía una diferencia de edad significativa con el resto de sus hermanos, todos varios años mayor que él. Verdaderamente, Oscar era el «chiquitín» de la familia, al que sus hermanos cuidaban, mandoneaban y ayudaban, como a todo hermanito menor. Alfredo llevaba a su hijo de pesca, una actividad que ambos disfrutaban mucho, y en esos paseos juntos, seguramente, Alfredo fue transmitiendo a su hijo la pasión por la política.



Club "Los Acuáticos - Estudiantil"
Socio N.º 5385
5.º Aniversario
OSCAR A. BOUVIER
1975

Como la mayoría de los chicos del barrio, Oscar asistió a la Escuela N° 77 Pedro Goyena ubicada en la calle Tucumán entre Cafferata e Iriondo, a pocas cuadras de su casa. Una escuela de esas que parecen que nacieron con la ciudad. Sus aulas, la biblioteca y el patio fueron llenando los días con aprendizajes mezclados de juegos y risas que se prolongaban por las calles del barrio, los baldíos y los clubes.

Las veredas de las calles Santa Fe, Caferatta, Iriondo, Urquiza eran los pasadizos a la felicidad de la infancia en el barrio Agote, que unían su casa, la escuela y el club, con tardes de juegos interminables en el Rosarino Estudiantil, que mezclaba chicos y chicas de todo el barrio con quienes entramar el mundo.

Oscar mostró una sensibilidad artística muy precoz que buscaba expresar a través de distintos lenguajes, sobre todo el dibujo, la pintura y la escritura. Sus poesías lo distinguían en la escuela y

eran el orgullo de su mamá. La mente absorbía el mundo como una esponja y sus manos le daban belleza y sentido a esos laberintos de la realidad que sólo a través del arte se podía comprender.

La escuela secundaria le abrió nuevos circuitos en la ciudad más alejados del barrio y la casa. Fue alumno de la Dante Alighieri en el Br. Oroño, en donde conoció gente de distintos lugares de la ciudad y de otros ámbitos. Esta nueva etapa de su vida llena de potencia y curiosidad tenía la impronta del «onganiato» que aquí en Rosario, como en todo el país, tuvo una virulenta marca moralista y conservadora, que no dejaba lugar ni a las minifaldas, ni al pelo largo, mucho menos a cualquier rebeldía adolescente. Pero, lo que comenzó a caracterizar esa época fue que, bajo el pretexto de «poner orden con mano dura» se perseguía a dirigentes políticos y sindicales y se los encarcelaba, al igual que a muchos estudiantes y profesores. La resistencia al régimen de Onganía se acrecentaba en todo el país, también en Rosario que con un

destacado protagonismo estudiantil, se tomaron las calles de la ciudad en una clara manifestación popular de disconformidad, que se recuerda como el Rosariazo. Oscar, con sus trece años, miraba con ojos atónitos lo que ocurría a su alrededor.

Duró varios meses el malestar y la movilización, pero explotó con la indignación que provocó la muerte de dos jóvenes a manos de la policía, uno de ellos un adolescente, que tenía prácticamente la misma edad de Oscar, y que como él, era estudiante secundario. ¡Difícil despertar adolescente! Poco propicio para Oscar, por entonces un jovencito con un inmenso caudal de energía que vivía a pleno y que se sentía protagonista de la historia que le tocaba vivir. Oscar empezaba a otear la realidad que lo circundaba, ese mundo hostil e incomprensible, pero que, no tenía dudas, era posible cambiar.

La vida comenzó a hacerse más vertiginosa. Oscar se había transformado en un líder estudiantil de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) que

no pasaba desapercibido y catalizaba los reclamos del alumnado enfrentando enérgicamente lo que consideraban injusto en su vida escolar y social. Así fue que durante esos años no sólo elevaron reclamos escolares, sino que, en una oportunidad tomaron el colegio junto a otros Centros de Estudiantes, para hacerse escuchar. Marita tenía grabada esas imágenes y, ni que hablar de los gritos de desesperación del director que quería preservar los cristales venecianos que eran un signo de distinción de la institución.

La actuación de Oscar en el aula dejaba ver su inconformismo con las instituciones, sobre todo la impronta de un sesgo antidemocrático que desalentaba hasta anular cualquier participación. Estaba dispuesto y decidido a enfrentarlo y transformar las cosas, a veces de manera poco ortodoxa, sencillamente a las profesoras más complicadas les decía cuando lo llamaban a dar lección: «No preparé», parecía cómico, pero era su forma de rebelarse. Ellas entre furiosas y des-



¿ES POSIBLE QUE SE PASE POR ALTO AL DESSEO DEL ALUMNADO, CONSIDERANDO LA "FALTA GRAVE"? ¿ES POSIBLE QUE SEAN SIEMPRE LAS MISMAS PROFESORAS LAS QUE ALZAN DE LAS ANONESTACIONES? ¿CUÁNDO DEJAREMOS DE SER UN ALUMNADO QUE SE REBELA EN LA LISTA Y NOS CONSIDERARÁN COMO PERSONAS?
ALIANZAS DEL INSTITUTO DANTE ALIGHIERI

concertadas no sabían bien como enfrentarlo. Fue una profesora la que le puso el sobrenombre de «gusano» que le quedó para siempre: «gusano» o «gusi». A Marita le parecía un apodo bastante feo, pero a Oscar no le importaba en lo más mínimo.

Todo ocurría con mucha intensidad. También el amor, esa ensoñación que hace vivir más allá de todo. Esa noche Marita soñó con ese momento mágico en el que mirar a una persona significaba estar solos en el mundo. Fue un sueño de esos que parecen que calcan la realidad: una señorita de primer año, que miraba a ese hombre que cursaba cuarto... Lo miraba en el patio como encantada. Y luego, casi superpuesta en el sueño, la escena en que Oscar la sacaba a bailar en una fiesta. No hablaban, sólo se reían y daban vueltas. En una de esas vueltas, fue a parar al patio de la escuela, que fue el lugar en que él se acercó para devolverle el carnet de la Alianza Francesa que ella había perdido. Ese fue el primer encuentro en el que conversaron, pero la timidez de ambos

guardó para el sueño sólo la imagen de las mejillas coloradas de Oscar y las palabras atoradas en la boca de ella. Cuando se despidieron, los dos se dieron cuenta que no había sido un encuentro cualquiera. Algo había sucedido que las palabras no sirvieron para explicar ni recordar.

Por aquellos años, la vida de Oscar también empezó a hacerse muy vertiginosa. La militancia en la Juventud Peronista (JP) ya era una prioridad absoluta. Tan es así, que el colegio quedó en un segundo plano y quedó libre. Cuesta poco imaginar la conmoción familiar que causó esta situación. La madre de Oscar era maestra y estaba especialmente preocupada por lo que estaba viviendo su hijo, y quería ayudarlo. Con el espíritu que lo caracterizó siempre, Oscar, estaba dispuesto a rendir libre y terminar la escuela, así que acompañado por su mamá, empezó por hacerse socio de la Biblioteca Argentina, para tener materiales y un ámbito de estudio. Al mismo tiempo, con diecisiete años, Oscar fue a

Ezeiza con sus compañeros, a esperar la anhelada llegada de Juan Domingo Perón después de dieciocho años de exilio. Era un hecho histórico, no podía faltar.

Oscar era ya un militante comprometido con la organización Montoneros. Fue el momento que decidió hacer un viaje con sus compañeros de militancia, era un viaje de preparación para consolidar y fortalecer el trabajo de la organización. Fueron al sur, conocieron lugares del país extraños para ellos, trabajaron en la cosecha de manzanas en Río Negro, en aserraderos armando cajones, y lo que saliera para poder mantenerse; una actividad que compartieron con trabajadores golondrinas –pobres y extranjeros– de otras regiones del país o de países vecinos.

Fue un viaje muy enriquecedor para él, aunque nunca perdió el contacto con sus compañeros de Rosario y su familia. Cada carta era un derroche de energía que reafirmaba el rumbo tomado. Desde

Ushuaia, ese confín fueguino helado, les escribía esperando el reencuentro, compartiendo las preocupaciones del grupo, y los planes para continuar.

*Ushuaia, Terr. Nac. de Tierra del Fuego,
Sábado 8 de junio, 1974.*

...guerra revolucionaria, popular y prolongada; no creo que existan batallas que retarden el proceso, ni que lo demoren siquiera, el sistema muere día a día con cada acción nuestra por más insignificante que parezca (...) en la historia lo importante es saber que es el pueblo la que la está escribiendo. Sólo sé que «la lucha será larga pero la victoria final será del pueblo».

Oscar A. Bouvier

Patria o Muerte.

Venceremos.



USHUJIA TOSAS VASO DE
FLORES DEL PUEBLO
SABADO 6 JUNIO 1974

Cuando regresó del viaje, no había mucho tiempo para ambigüedades. A Marita esa parte del sueño le pareció revivirlo en voz alta: «Este no se me va a ir ahora», había pensado. Sacó coraje de donde pudo y le dijo «estoy muerta de amor por vos». Y así fue como empezaron el noviazgo. Cómo no volver a soñar con esos besos interminables en la placita de Salta y Alsina, cuando todo duró tan poco. Enfrentando las dificultades familiares, decidieron ir a vivir juntos. Marita tenía dieciséis y Oscar veinte años, a todos le parecía que eran muy chicos. Oscar llevó a Marita a su casa el martes, y sin mucho ceremonial le dijo a los padres: «Me caso el sábado con ella». Tuvieron que convencerlos porque ambos necesitaban la autorización de los padres para el Registro Civil.

Los tiempos de convulsiones políticas no cesaban, ya operaba la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), esa organización paraestatal que comenzó a perseguir y matar a los militantes,

artistas, intelectuales y estudiantes considerados de izquierda. Oscar y Marita tenían un proyecto de vida juntos, además, esperaban un hijo. Se habían ido a vivir a una pensión muy humilde, como todas las pensiones en el centro de la ciudad. Allí se juntaban con sus compañeros y mezclaban la planificación del trabajo de militancia con noches de Sui Generis.

*«Yo miro por el día que vendrá
Hermoso como un sol en la ciudad
Y si me escuchas bien
Creo que entenderás
Porque yo esperé en vano
Que me dieras tu mano
De mis huesos la humanidad
Debes salvar»*

Instituciones (1974)
Sui Generis

Oscar trabajaba de administrativo en el Sindicato de Diarios y Revistas y militaba en la zona Oeste, en la «villa» que se encontraba a la vera de las vías en Felipe Moré y Córdoba. Noviazgo, casamiento, Pedro, eran las notas que armonizaban el acorde de la felicidad que acompañaba rítmicamente la melodía de la militancia y la lucha por transformar la realidad. Pedro nació en la Maternidad Martín de la Municipalidad con la ayuda de un compañero de militancia. Marita guarda de ese momento único en su vida, recuerdos austeros, en blanco y negro, sin flores ni visitas familiares. Ya estaban en la clandestinidad, nadie podía visitarlos. El mismo día de su casamiento, la familia Bouvier sufrió el primer allanamiento. Después los fueron a buscar a la pensión de Mendoza y Laprida, y se tuvieron que mudar a otra en Pte. Roca y Montevideo. La hiperactividad y alegría de Oscar, para atender a su hijo recién nacido, contrastaba con los recuerdos sepiaados: le daba la mamadera, lo bañaba, lo alzaba, lo miraba todo el día, no quería que nadie lo tocara, fueron mo-



Nº 102296

mentos en los cuales la felicidad le ponía colores a esas pensiones desvencijadas. También había que tomar decisiones determinantes, como elegir quedarse y seguir trabajando en la organización y el barrio, frente a las sugerencias familiares de irse al extranjero.

El 27 de setiembre de 1976, ese eje en el calendario de Marita, Oscar salió de la casa a las 8 de la mañana a realizar una volanteada en el Swift, ubicado en la zona sur de la ciudad. Como siempre, después de cada actividad de la organización, se realizaban citas para intercambiar las novedades. Pero esa vez uno de los compañeros no acudió a la cita. Oscar volvió a su casa preocupado, Marita lo estaba esperando con la cena y conversaron. Le dijo que tenga cuidado, ambos sabían que la ausencia significaba en principio que algo había pasado, y ese algo podría haber sido que hayan secuestrado a quien no asistió al encuentro. Había citas posteriores que servían para aclarar la situación, pero esas citas se convertían en trampas si los grupos de tareas habían obtenido

información. Oscar insistía en ir, era necesario por la seguridad del grupo. Marita antes de que saliera, lo agarró fuerte de los brazos y le dijo con una mirada profunda: «¡No vayas!». Después de cenar salió y esa frase se convirtió en una fatal despedida. No volvió a verlo nunca más.

A veces los sueños se presentan con imágenes que nunca terminamos de descifrar. Se quiere hablar, y no salen las palabras, se puede ver a alguien y no reconocerlo nunca, se quiere correr y las piernas no responden. Esa es la forma que tomó el sueño, el de una pesadilla.

Marita se fue a vivir a Buenos Aires con su familia. Su vida tuvo el carácter excluyente de la búsqueda. Las estaciones de tren, la terminal de ómnibus, las muchedumbre en tránsito, las paradas de colectivos, parecía sólo una cuestión de tiempo, en cualquier momento el milagro de encontrarlo ocurriría. Con la misma desesperación, los padres de Oscar comenzaron el recorrido angustioso de la búsqueda.

Ausencia, esperanza, secuestro, habeas corpus, tortura, aparición, tristeza, resistencia, muerte, eran las piezas de un rompecabezas que nunca se terminaba de armar. Alfredo Bouvier, el padre de Oscar, tocó el punto culminante de la decepción, después de años agobiante de búsqueda, cuando su propio partido, la UCR, inaugurando un nuevo período democrático en el país, dictó la Ley de Punto Final, dejando a los ejecutores del terrorismo de Estado en libertad y la situación de su hijo sin aclarar. Siendo un reconocido dirigente del partido con una militancia de 55 años renunció públicamente a la filiación en la UCR.

Marita siguió criando a su hijo y trabajando para sostenerlo. El advenimiento de la democracia le permitió el regreso a Rosario, su ciudad. La palabra muerte se fue tallando letra a letras en el corazón de Marita que por muchos años no tuvo pareja esperando que algo inexplicable pasara y se volviera a encontrar con aquel hombre que sólo la visitaba en sueños. Las investigaciones, los trámites, las marchas, los organismos de Dere-

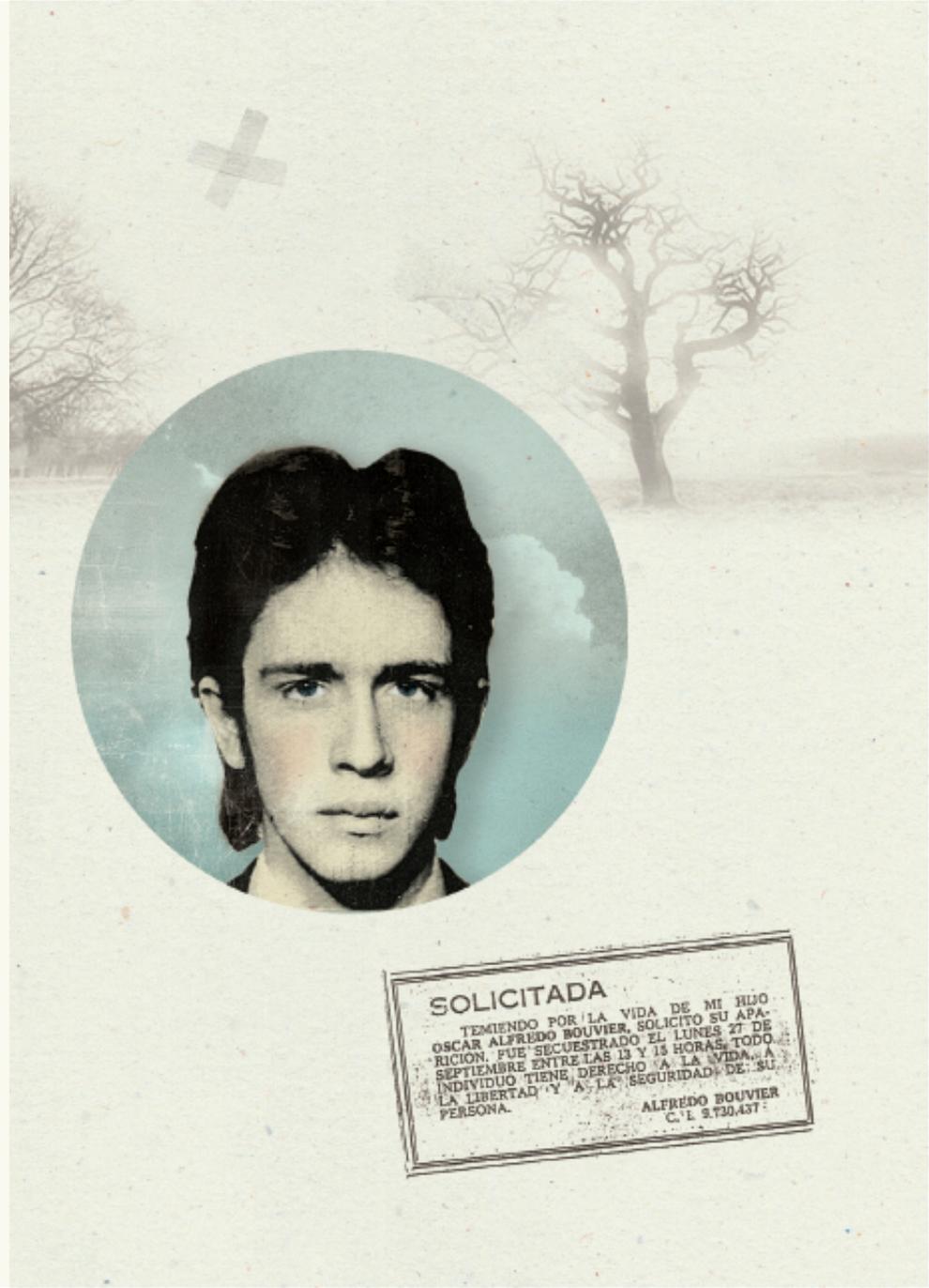
chos Humanos, nuevas luchas por la verdad y la justicia, los recordatorios, los juicios a los represores, y el trajinar cotidiano fueron formando un caleidoscopio impreciso con el que descifrar la vida.

Con la muerte no se sueña. Marita y Pedro recibieron la noticia del hallazgo del cuerpo de Oscar que confirmaba su muerte, y pareció una resurrección. ¡Oscar ha vuelto! pensó Pedro de su padre siempre joven, a quién había ya superado en años hacía tiempo.

Jueves, 09 de diciembre de 2010 | Política

La aparición de los restos de Oscar Bouvier es «una victoria de los que luchan».

Así lo expresó este mediodía su hijo Pedro. Familiares y amigos de Bouvier brindaron hoy una conferencia de prensa en la Sede de Gobierno de la UNR. Desaparecido durante la última dictadura, sus restos fueron encontrados en noviembre por el



SOLICITADA
TEMIENDO POR LA VIDA DE MI HIJO
OSCAR ALFREDO BOUVIER, SOLICITO SU APARICION. FUE SECUESTRADO EL LUNES 27 DE SEPTIEMBRE ENTRE LAS 12 Y 13 HORAS. TODO INDIVIDUO TIENE DERECHO A LA VIDA, A LA LIBERTAD Y A LA SEGURIDAD DE SU PERSONA.
ALFREDO BOUVIER
C.I. 9.720.437

Equipo de Argentino Antropología Forense en el cementerio de Santa Fe, donde estuvo durante 34 años enterrado como NN.

Pedro, militante de la agrupación HIJOS, rondaba los 35 años y preparaba las palabras para informar a la prensa la noticia. Tenía muchas cosas para decir, pero no iba a poder contar la forma que tiene ese vacío que fue modelando con los años y que lo acompañó durante toda su vida. Pero, sí sabía lo que significaba para la historia haber encontrado el cuerpo asesinado de su padre a manos del terrorismo de Estado.

¡Oscar ha vuelto!

La noticia de la identificación de Oscar fue muy fuerte para nosotros, es una mezcla de alegría, tristeza, angustia, y otros sentimientos que provocan una situación como ésta, pero sobre todo lo sentimos como una victoria de los que luchamos contra la impunidad, el silencio, la mentira,

la ignorancia, la indiferencia, los prejuicios, el individualismo y la complicidad de tantos que apoyaron, encubrieron y justificaron tantos crímenes atroces.

Es una nueva etapa en la que debemos reconstruir lo sucedido, armar el rompecabezas de esta historia, transitar nuevas búsquedas de verdad y justicia.

(...)

El encuentro con la identidad de Oscar Alfredo Bouvier el 5 de Noviembre de 2010, fecha en la que cumpliría 55 años, después de 34 años de permanecer enterrado inmerecidamente como NN, en el Cementerio Municipal de Santa Fe tiene un gran valor. Las palabras del dictador Videla sobre la falta de entidad del «desaparecido» «no está muerto ni vivo, está desaparecido», se derrumban con la aparición de cada uno de los restos de nuestros seres queridos que son encontrados y con ellos su identidad. Apareció Oscar y

creo que es un momento histórico clave para que aparezca, hemos conseguido borrar las palabras del dictador, del genocida, del asesino, ¡Oscar ha Vuelto!

Marita se levantó a la mañana siguiente, y tuvo la sensación de tener mucho todavía por desenredar de este ovillo interminable. Pero ese día sólo pensó en que era la primera vez que iba a llevarle flores.



Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

Dejame que te cuente es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

Dirección del proyecto

Lucas Almada

Diseño gráfico

Valentina Militello

Redacción

Lucas Almada

Edición y corrección de textos

Daniel Fernández Lamothe

Coordinación general

Viviana Nardoni



museo de la
memoria



